



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una sala en casa del Duque de Friedland

Algunos criados colocan sillas y extienden alfombras. Poco después sale SENI, astrólogo italiano, vestido de un modo extravagante y de negro. Se adelanta hasta el centro de la sala, con una varita blanca en la mano, y con la cual señala los puntos cardinales.

CRIADO 1.º (*trayendo un pebetero.*)



LISTO! ¡Listo!... Ya está el centinela llamando á la guardia... No pueden tardar...

CRIADO 2.º — ¿Por qué han dejado el gabinete rojo del mirador, que tiene tan buenas luces?

CRIADO 1.º — Pregúntaselo al matemático. Dice que es de mal agüero.

CRIADO 2.º — ¡Qué necedades!... Eso es burlarse de la gente... Una sala es una sala. ¿Qué importa el sitio?

SENI (*con gravedad*).— Hijo mío, en este mundo nada es insignificante; pero lo primero y principal en todo lo terreno, es el lugar y la hora.

CRIADO 3.º — Déjalo, Nathaniel; hasta el amo se conforma con sus órdenes.

SENI (*contando las sillas*) — ¡Once!... ¡Mal número! Poned doce sillas. Doce signos tiene el zodiaco; cinco y siete; los números sagrados no pasan del doce.

CRIADO 2.º — Vamos á ver, ¿qué tenéis que decir contra el once?

SENI.— Once es el pecado. Once pasa de diez, y diez son los mandamientos.

CRIADO 2.º — ¿Y por qué llamáis sagrado al cinco?

SENI.— Cinco es el alma humana; así como el hombre se compone de bien y de mal, forman el cinco un número par y otro impar.

CRIADO 1.º — ¡Qué loco!

CRIADO 3.º — Dejadlo... Á mí me gusta oírle; lo que dice da siempre en qué pensar.

CRIADO 2.º — Vamos; ya están aquí; salgamos por la puerta lateral. (*Se van. Seni los sigue con lento paso.*)

ESCENA II

WALLENSTEIN, LA DUQUESA

WALLENSTEIN.— ¿Con que, duquesa, habéis pasado por Viena y visto á la reina de Hungría?

LA DUQUESA.— Y á la emperatriz. Sus Majestades nos concedieron audiencia.

WALLENSTEIN.— ¿Y qué dicen de mi resolución de llamaros aquí con mi hija, durante el invierno?

LA DUQUESA.— Como ordenasteis, he dado á com-

prender que queríais casar á nuestra hija y que deseábais presentarla á su futuro antes de entrar en campaña.

WALLENSTEIN.—¿Sospechan quién es el elegido?

LA DUQUESA.—Desean vivamente que no sea ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Ya sabéis que vuestra voluntad ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN (*después de una pausa*).—Bien... Por lo demás, ¿qué acogida habéis tenido en la corte? (*La duquesa baja los ojos y calla.*) Nada me ocultéis. ¿Cómo os ha ido?

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío! No tan bien como antaño. Las cosas han cambiado mucho.

WALLENSTEIN.—¿Cómo es eso! ¿No os han mostrado la misma consideración?

LA DUQUESA.—Consideración, desde luego. Me recibieron con gran aparato y ceremonia, eso sí; pero la confianza y la familiaridad se han trocado en fórmulas solemnes, y los tiernos miramientos que me prodigaron, tenían más de compasivos que de afectuosos... ¡Ah, no!... no merecía eso la esposa del duque Alberto, la noble hija del conde Harrach!

WALLENSTEIN.—Sin duda censuraron mi reciente conducta...

LA DUQUESA.—¡Ojalá lo hicieran! Harto acostumbrada estoy á justificaros y á persuadir y calmar los ánimos irritados contra vos... Pero, no; lejos de criticaros, todos se encerraban en ceremonioso silencio que me oprimía. Lo que ha mediado no es un desacuerdo ordinario, ni un disgusto pasajero, no... algo fatal é irreparable sucede. Antes la reina de Hungría acostumbraba llamarme siempre *su querida prima*... me abrazaba siempre al despedirse.

WALLENSTEIN.—¿Y no lo hizo esta vez?

LA DUQUESA (*enjugándose las lágrimas; después de una pausa*).—Sí, me abrazó, pero en el momento de irme; estaba ya en la puerta, cuando corrió hacia mí, como si volviese en su acuerdo, y me estrechó contra su pecho conmovida, más que de afecto, de tristeza.

WALLENSTEIN.—Tranquilizaos... ¿Cómo habéis dejado á Eggenberg, á Lichtenstein y á los demás amigos?

LA DUQUESA (*meneando la cabeza*).—A ninguno de ellos he visto.

WALLENSTEIN.—¿Y el embajador español que solía defenderme con tanto calor?

LA DUQUESA.—Ya no despegaba los labios.

WALLENSTEIN.—¡Con que el sol no luce ya para nosotros! Fuerza será que brillemos con luz propia.

LA DUQUESA.—¿Pero es verdad que dicen aquí en voz alta lo que se murmura en la corte?... Algunas palabras de Lamormain...

WALLENSTEIN (*con viveza*).—¿Qué dice Lamormain?

LA DUQUESA.—Os acusan de extralimitaros en vuestros poderes y de menospreciar las órdenes del Emperador. Particularmente los españoles, y el orgulloso duque de Baviera, se quejan públicamente de vos. Os amaga una tempestad más formidable todavía de la que estalló en Ratisbona... Dicen... que se habla... no puedo repetirlo.

WALLENSTEIN (*impaciente*).—¿De qué?

LA DUQUESA.—De una segunda... (*Se detiene.*)

WALLENSTEIN.—¿De una segunda?

LA DUQUESA.—Y afrentosa... destitución.

WALLENSTEIN.—¡Esto dicen! (*Se pasea agitado.*) ¡Ah!... Quieren forzarme á ello... me empujan á ello contra mi voluntad.

LA DUQUESA (*se abraza á él mimosa y suplicante*).—Oh! esposo mío!... Si es tiempo todavía..., si con la sumi-

sión y la condescendencia podéis desviar el golpe, someteos y dominad vuestro orgullo, os lo suplico... al fin y al cabo, cedéis á vuestro soberano, á vuestro emperador... Evitad que, como hasta ahora, manche la perversidad vuestros nobles intentos con envenenadas y odiosas insinuaciones, y armado con el victorioso poder de la verdad, alzaos á confundir la calumnia y la mentira! ¡Ah! ¡tenemos tan pocos amigos verdaderos!... Harto lo sabéis. Nuestra rápida prosperidad nos hizo blanco del odio de los hombres: ¿qué somos si el Emperador nos retira su protección?

ESCENA III

Dichos. LA CONDESA TERZKY, trayendo de la mano á la PRINCESA TECLA

LA CONDESA.—¡Cómo, hermana mía! Ya le estás hablando de negocios, y, por lo que veo, de negocios molestos, aun antes de regocijarle con la vista de su hija? Los primeros momentos se han de consagrar á la alegría... Mira, papá, á tu hija.

(Tecla se acerca con timidez é intenta besarle la mano. Él la abraza, y la contempla un momento embebecido.)

WALLENSTEIN.—Ah, sí; veo realizada mi más cara esperanza. La recibo en mis brazos como prenda de mayor dicha.

LA DUQUESA.—Muy niña era cuando partisteis á organizar el ejército imperial, y á vuestro regreso de Pomerania, se hallaba ya en el convento, donde ha estado hasta hoy.

WALLENSTEIN.—En efecto, mientras guerreando trabajaba para engrandecerla, y le conquistaba los bienes de la tierra, la benéfica naturaleza derramaba sus favores sobre mi hija querida, entre los muros del

claustro, y la embellecía generosa para su brillante destino.

LA DUQUESA *(á la princesa)*.—¿Verdad que no hubieras conocido á tu padre?... Ocho años tendrías cuando lo viste por última vez.

TECLA.—Pero aun así, madre mía, le hubiese conocido á primera vista. Para mí no ha envejecido... Le veo tan hermoso y floreciente!... tan parecido á la imagen grabada en mi alma!

WALLENSTEIN *(á la duquesa)*.—¡Qué buena es! ¡Cuánta gracia y discreción!... Acusaba al destino por haberme negado un hijo varón, que heredase mi nombre y mi fortuna, que perpetuase mi linaje con orgullosa sucesión de príncipes después de mi breve existencia, y estaba realmente injusto. Sobre esta sonriente cabeza de doncella depondré mi corona de triunfador; no ha de parecerme inútil y perdida, si puedo trocarla un día en diadema real con que adornar tan hermosa frente.

(La estrecha entre sus brazos todavía, cuando sale Max.)

ESCENA IV

Dichos.—MAX PICCOLOMINI, luégo EL CONDE TERZKY

LA CONDESA.—Ahí tenemos al paladín que nos ha protegido.

WALLENSTEIN.—Bien venido seas, Max. Siempre fuiste para mí mensajero de ventura; como la estrella de la mañana, precedes al sol de mi vida.

MAX.—¡Mi general!

WALLENSTEIN.—Hasta ahora el Emperador y no yo, te protegía por mi mano; desde hoy te quedo tiernamente obligado como padre; Friedland en persona ha de pagar la deuda.

MAX.—En lo cual, príncipe, os mostráis harto diligente. Casi pesaroso y confuso llego á vuestra presencia, porque, apenas venido y cuando no he tenido tiempo de poner en vuestros brazos á vuestra hija y á vuestra esposa, me encuentro con un magnífico tren de caza para recompensarme de mi fatiga. ¡De mi fatiga! ¿No fué más bien un favor, que me apresuré á aceptar, y por el cual os debo la más viva gratitud?... No; no creíais por lo visto que semejante encargo era para mí la mayor dicha.

(Sale Terzky y entrega al duque unas cartas que éste abre en seguida.)

LA CONDESA (á Max).—Él no quiere pagar vuestro trabajo sino manifestaros su alegría. Si á vos os toca portaros con delicadeza, á mi cuñado le corresponde también parecer siempre grande y magnífico.

TECLA.—Entonces también yo debiera dudar de su cariño, porque antes que su ternura me ha mostrado su generosidad con mil regalos.

MAX.—No vive sino haciendo la felicidad de los demás. (Con creciente calor, estrechando la mano á la duquesa.) ¡Todo se lo debo! ¡todo se encierra para mí en su caro nombre, Friedland! Esclavo suyo he de ser mientras viva. En él se contiene toda mi ventura, toda mi esperanza, y la suerte me encadena con mágico poder á este nombre.

LA CONDESA (que en tanto habrá observado al duque con atención, nota que le preocupa la lectura de las cartas).—Quiere estar solo; dejémosle.

WALLENSTEIN (se vuelve rápidamente, afecta serenidad, y dice á la duquesa con calma).—Bienvenida, princesa, lo repito; esta es vuestra corte. Tú, Max, continúa ejerciendo las funciones que te confié, mientras me ocupo yo en los asuntos del mando.

(Max ofrece el brazo á la duquesa; la condesa se va con Tecla).

TERZKY (llamando á Max).—No dejéis de asistir á la reunión.

ESCENA V

WALLENSTEIN.—TERZKY

WALLENSTEIN (abstraído profundamente, y como hablando consigo mismo).—Lo ha observado todo perfectamente; cuanto dice, concuerda con mis noticias. En Viena han tomado ya su resolución definitiva: ya me han dado sucesor. Ahora esperan su salvación del hijo del Emperador, el rey de Hungría. Este es el nuevo astro que amanece. Cuanto á nosotros, lo dan todo por concluido, y disponen de la herencia como si estuviera yo difunto... Con que ¡no hay momento que perder! (Se vuelve, advierte que está allí Terzky y le da una carta.) El conde Altringer y Gallas se excusan.... ¡Malo!

TERZKY.—Prosigue vacilando y te abandonarán uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los desfiladeros del Tirol: conviene mandar un enviado cualquiera para que no vaya á dejarme salir á los españoles de Milán... Senina, nuestro agente ha vuelto, ¿verdad?... ¿Qué nos trae de parte del conde Thurn?

TERZKY.—El conde dice que fué á ver al canciller de Suecia en Halberstadt, donde ahora se halla. Dice que estaba cansado de tratar contigo y no quería entablar ninguna otra negociación.

WALLENSTEIN.—¿Cómo es eso?

TERZKY.—Añade que nadie puede fiar en tu palabra; que pretendes burlar á los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y á la postre despedirlos por una miserable cantidad.

WALLENSTEIN.—¡Esto es!... ¿Quiere, por ventura, que suelte entre sus uñas como una presa, alguna hermosa comarca de Alemania? ¿quiere que nos despojemos de nuestro propio suelo? ¡Fuera!... ¡fuera! Ninguna necesidad tenemos de tales vecinos.

TERZKY.—Pues yo les acordaría, no obstante, alguna pequeña porción. Al fin y al cabo no es la tuya. ¿Qué te importa quien paga si tú sales siempre ganando?

WALLENSTEIN.—No, no; fuera, fuera. No me comprendes. No han de decir de mí que hice pedazos la Alemania, y la vendí al extranjero para escamotear una porción de ella. Yo quiero que el imperio honre en mí á su protector, y sentarme dignamente entre sus príncipes después de haber mostrado grandeza de alma. No ha de echar raíces aquí ninguna potencia extraña, y mucho menos la hambrienta raza de los godos que contempla con envidia y rapacidad las fértiles campiñas de nuestra tierra alemana. Han de ayudarme, sin sacar nada en cambio.

TERZKY.—¿Y usarás de más lealtad con los sajones?... Te advierto que pierden ya la paciencia con tu tortuosa conducta. ¿Qué intentas hacer con tantos disfraces? Habla claro. Tus amigos dudan y ya no saben qué pensar. Ni Oxerstiern ni Arnheim, ni nadie comprende tus vacilaciones, y en último resultado paso por un embustero. Yo respondo de todo, y ni siquiera tengo un escrito de tu puño y letra.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que no doy á nadie un escrito mío.

TERZKY.—¿Y en qué reconocerán tu sinceridad, si tus acciones no corresponden nunca á tus promesas?... Tú mismo debes comprenderlo... Desde que entraste en negociaciones con el enemigo, todo ha ido ocurriendo como si quisieras burlarle.

WALLENSTEIN (*tras un momento de silencio, y mirán-*

dole fijamente).—¿Y quién te dice que ésta no sea mi intención? mofarme de ellos y de vosotros todos. ¿Tanto me conoces? Que yo sepa, á nadie he mostrado claramente el fondo de mi alma. Verdad que el Emperador se portó muy mal conmigo y podría, si quisiera, causarle grandes perjuicios; me complazco en ver claramente que lo puedo; pero ni tú ni nadie sabe si realmente quiero causárselos.

TERZKY.—¡Entonces juegas continuamente con nosotros!

ESCENA VI

Dichos.—ILLO

WALLENSTEIN.—¿Qué ocurre por allí?... ¿Están dispuestos?

ILLO.—Á todos los hallarás en la disposición de ánimo que deseas. Conocen las exigencias del Emperador, y están que trinan.

WALLENSTEIN.—¿Y qué dice á esto Isolani?

ILLO.—Es tuyo en cuerpo y alma desde que relevaste su crédito.

WALLENSTEIN.—Y Collalto ¿qué partido toma?... ¿Estás seguro de contar con Deodati y Tiefenbach?

ILLO.—Estos harán lo que hagan los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Entonces puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Estos no me abandonarán jamás.

TERZKY.—Por mi parte quisiera que no confiaras tanto en ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—¿Has de enseñarme tú á conocer á los hombres? En diez y seis combates le tuve á mi lado. Fuera de que consulté su horóscopo; nacimos

bajo la misma constelación y... en una palabra... (*misteriosamente*) tengo particulares motivos... Si me respondéis de los otros...

ILLO.—Un solo pensamiento los anima : que no abandonen el mando. Creo que quieren mandarte una diputación.

WALLENSTEIN.—Si he de contraer con ellos algún compromiso, justo es que ellos en cambio se obliguen á algo conmigo.

ILLO.—Por supuesto.

WALLENSTEIN.—Prométanme por escrito y bajo juramento que se consagrarán á mi servicio sin reserva.

ILLO.—¿ Por qué no ?

TERZKY.—¿ Sin reserva ? Siempre dejarán á salvo sus deberes para con el Austria y el Emperador.

WALLENSTEIN (*moviendo la cabeza*).—Quiero esta promesa sin reserva alguna. No acepto ninguna condición.

ILLO.—Me ocurre una idea... Esta noche creo que nos da un banquete el conde de Terzky.

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO (*á Wallenstein*).—Dí: ¿ quieres concederme plenos poderes ? Yo te traeré la promesa de todos los generales, conforme desees.

WALLENSTEIN.—Tráemela por escrito. El modo de obtenerla es cuenta tuya.

ILLO.—Y, si de un modo ú otro pruebo con un documento en la mano que todos los generales aquí reunidos se entregan ciegamente, ¿ obrarás entonces con formalidad y tentarás la fortuna con audacia ?

WALLENSTEIN.—Tráeme el escrito.

ILLO.—Medita lo que haces. Tú no puedes cumplir las exigencias del Emperador y debilitar el ejército, permitiendo que se una á los españoles, si no quieres que se te vaya de las manos para siempre tu poder. Por otra parte, si no estás decidido á romper con la

Corte, tampoco te es posible despreciar la orden imperial, y seguir con subterfugios y aplazamientos. Decídete: ¿ quieres ganarle por la mano ? ¿ quieres aguardar al último extremo difiriendo el plan una vez más ?

WALLENSTEIN.—Esto es lo más conveniente ; aguardar antes de tomar una resolución extrema.

ILLO.—¡ Oh ! Aprovecha la ocasión favorable antes no se te escape. Se ofrece tan rara vez en la vida la hora decisiva !... Cuando llega el momento de tomar una resolución, todas las circunstancias concurren á ella ; pero luégo, una vez los resortes del hado concurren sobre un punto de la vida formando el difícil germen, se separan y dispersan uno á uno. ¡ Observa cómo en torno tuyo todo aparece grave y decisivo !... Los primeros y mejores jefes, congregados alrededor de ti, ¡ de ti, su real soberano !... sólo esperan la señal. ¡ Oh !... No dejes que se dispersen uno tras otro... Luégo te será imposible reunirlos otra vez en todo el curso de la guerra. Esta es la marea alta que levanta el pesado navío y lo lleva lejos de la playa. Cada cual siente crecer su ánimo arrebatado de la corriente de la multitud. Hoy son tuyos, tuyos todavía !... pero bien pronto la guerra los dispersará, y el interés particular y las vulgares exigencias de la vida se sobrepondrán al interés general. Entonces, quien ahora arrebatado de la corriente se olvida de sí mismo, despertará de su embriaguez, y sintiéndose aislado é impotente, volverá al camino trillado del deber buscando salvación y abrigo.

WALLENSTEIN.—No es tiempo aún.

TERZKY.—Siempre estás repitiendo lo mismo. ¿ Y cuándo llegará ?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡ Eso es !... Y mientras aguardas á que suene la hora que han de marcar las estrellas, dejas pasar la de la tierra. Créeme ; sólo en tu corazón se halla el astro del destino ; fía en ti mismo y resuelve ; esta es la